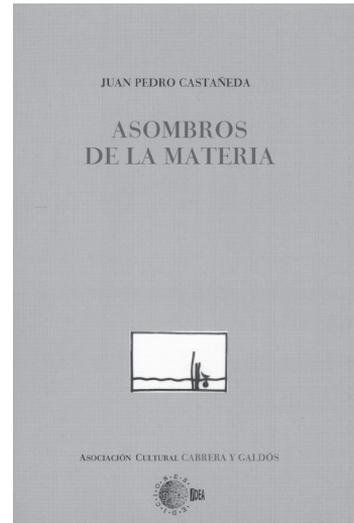




RESEÑA

# NATURALEZA, CULTURA, HUMANIDAD EN EL ESPACIO POÉTICO

JUAN JOSÉ DELGADO



Juan Pedro Castañeda convida al lector a la entrada de un universo poético que se presenta con el título de *Asombros de la materia* (Ediciones Idea/Asociación Cabrera y Galdós, 2011).

¿De qué hablamos cuando hablamos aquí de materia? ¿De la mera sustancia de las cosas? ¿De esa infinidad de cosas que se distribuye materialmente por el espacio? En fin, ¿qué es lo que vamos a encontrar en este libro de J. P. Castañeda? ¿Las informaciones perspicaces y asentadas en la conciencia de un estudioso de las ciencias físicas? ¿O las expresivas visiones de quien se ha acercado poéticamente al portentoso fenómeno de la materia?

Antepuesta a los poemas, el autor de este libro ha situado una cita del Nobel de física Ilya Prigogine, quien en pocas palabras declara lo conflictivo que puede resultar la objetividad científica frente a las ilusorias relaciones con el mundo. La cita quedó interrumpida; Prigogine, más allá del segmento citado en el libro, proseguirá diciendo que las leyes de la física no son descripciones neutras; nacen de las preguntas que planteamos: las piedras –apunta Prigogine– nos hablan de las moléculas que las componen, de los estratos geológicos de donde provienen. Las leyes de la Naturaleza nacen de nuestro diálogo con la Naturaleza. Un diálogo que puede actuar y proceder de muy diferentes formas. Por ejemplo, Heisenberg no descarta el componente creador en la actividad científica. Por ejemplo, para el ya citado científico Prigogine,

ciencia y filosofía son complementarias. Por ejemplo, Juan Pedro Castañeda, en el undécimo poema de este libro, “EVOLUCIÓN”, plantea una cuestión que presenta en dos versos: *¿Quién da razón al tiempo: / los mitos o la termodinámica?*

Los hechos no existen –diría Nietzsche–, sólo interpretaciones. Se interpreta lo observado, pero toda observación se realiza desde un punto de vista y, las más de las veces, con un propósito. *¿Desde qué punto de vista y hacia qué propósito se lanza *Los asombros de la materia?**

El primer poema del libro, “SER ÁRBOL O PIEDRA”, se abre, a su vez, con una cita de Ovidio entresacada de *Las Pónticas*. Ovidio alude a Níobe, que se convierte en piedra para no sentir el dolor por la muerte de sus hijos; alude también a las hermanas de Faetón, mujeres transformadas en álamos tristes y llorosos por la muerte de su hermano. Ambos casos han convergido hacia un tema común: el dolor. El tema del sufrimiento humano ha conducido a Ovidio hacia la analogía; le indujo a ver en la naturaleza otras formas y materias que se hallan, presuntamente, exentas del sufrimiento. Este motivo poético tan recurrente en poesía que resulta suficientemente reconocible; Rubén Darío lo aleja del mito y le infunde un hondo carácter existencial cuando expresa: “Dichoso el árbol que es apenas sensitivo, y más la piedra dura, porque ésa ya no siente...”.

En el poema ya apuntado, “SER ÁRBOL O PIEDRA”, se exponen tres reinos: el humano, el vegetal y el mineral; los tres se hallan abrazados al sufrimiento humano, que dio origen a la piedra y al árbol de Ovidio y que se mantiene intacto y esencial en el ser humano. J. P. Castañeda ha acudido a ese motivo literario inscrito ya en la tradición. Cuando lo retoma, lo sitúa en una de las tardes cotidianas de su vida. El spleen baudelariano ha entrado, por el poder del verbo, en su hogar de Tegueste y ha ido dejando su tinta en las páginas que escribe. Pero en el poema antedicho entra también en juego la ironía, entra para comparar todo lo contenible y misterioso que entraña la materia del árbol: la realidad visible de su hermosura, las flores y los frutos, las partículas que le dan sabor. Será un árbol que, en la página del libro, quiere recordar que es materia sin sentimiento, como las piedras, que viven en el suelo y existen, libres de zozobras existenciales. El poeta busca una relación contrastante de la geología y de la botánica con las ciencias humanas... Y en esa indagación advierte que ningún árbol, ninguna piedra tiene nombre de Cervantes, Mozart, Nefertiti, María Curie...

Son nombres que se han inscrito en la historia para perdurar en el tiempo. Y el poeta tiene entrada libre al tiempo gracias a su memoria, a las vivencias pasadas que se “materializan” en recuerdos y que se van atando a lo que el presente le ofrece y suscita. Somos lo que en parte hemos sido y lo que anhelamos ser. Y todo ello se configura en una memoria y en un proyecto colectivo humano. Somos herederos de una memoria colectiva, que pertenece a todos y que se ha ido recogiendo y depositando en la historia, en la cultura, en el arte, en la ciencia. Y el poeta, cuando

selecciona datos, los recoge para recrearlos, para someterlos a su singular perspectiva e interpretación.

Al respecto, en el 4º poema del libro, que tituló “INSPIRACIÓN O EXPIRACIÓN”, se sitúa al ser humano en medio del oscuro Universo; pero ese miserable ser vivo va a ser precisamente el protagonista de la historia (y del libro); y será protagonista porque, pese a su efímera presencia, posee una “inspiración” que le permite acceder al fenomenal proceso en el que todas las cosas del mundo pasan a ser contenidos vivos de su conciencia... y luego... luego “expiramos”, salimos de la vida por el camino inevitable de la muerte. Pero antes... antes... vive la vida reviviéndosela, imaginándosela, expresándosela. Y no en pocas ocasiones pareciera que en su expresión dibuja con suave trazo una ligera mueca de ironía. La ironía permite también “expirar”, salir de la severidad que impone los hechos reales. El poeta, con pausado toque irónico, sabe cómo perturbar los hechos habituales de la vida y de restarle gravedad metafísica a cualquier asunto que se ponga a los pies de lo cotidiano.

Sucede, por tanto, un fuerte impulso de individualidad; pero toda inspirada individualidad alcanza un punto límite en el que todo acaba. Pero las vivencias del ser humano individual no se pierden en esa definitiva salida; se mantienen, paradójicamente, en la memoria colectiva. El conjunto de creencias, de sentimientos, de obras y de logros que van a formar parte de la humanidad adquiere vida propia, consigue hacerse un *nombre* del que se sustenta y que, además, sirve de sustancia a los otros individuos. De esa forma se nutre y revive la conciencia individual en la conciencia o alma colectiva. Este es el punto que determina la diferenciación de la general o universal materia existente con respecto a la materia humana.

Hay una dirección, con doble sentido que comunica el yo con lo colectivo. Se desata de lo común para sentirse un yo individualizado, o al contrario. En cualquier caso la conciencia individual alcanza a entrever las relaciones ocultas que establece con la totalidad del universo y con la común historia. Esa travesía por la inmensidad de lo colectivo deja su huella y tiñe de color la identidad y la conducta del individuo. Es una experiencia a la que el poeta quiere darle una propia expresión. Para ello tendrá que partir de lo que es común a todo, partir de ese sentimiento de pertenencia a una memoria e historia colectiva; pero tendrá que verificarlo en su persona. Es una experiencia que debe ser representada. La representación adquiere, en principio, un tono impersonal; poco a poco se irá aproximando a las cosas, mediante las vivencias sufridas o gozadas por su propia persona y conciencia.

¿Qué es lo que diferencia a un ser humano llamado Galdós de las cosas inertes y carentes de conciencia? Esta última palabra lo ha dicho: la diferencia reside en *la conciencia*. Y en este punto emerge otro de los ejes fundamentales de la poética de este libro.

Para comentar ese nuevo fundamento poético aprovecharemos otra de las citas que sirven de preámbulo al poemario. Corresponde a la premio Nobel de literatura de 1996, Wislawa Szymborska. En el enunciado de la cita, Szymborska contrasta la

superpoblación del planeta e indica que los grandes números no podrán ahogar una imaginación que “todavía se emociona ante lo particular”.

Ya tenemos el escenario: el ser humano, situado en medio de una realidad infinita, va tomando, una a una, aquellas partes que, llamadas por su conciencia, entran en juego con su imaginación. El poeta no desestima los “PROBLEMAS DE SUPERPOBLACIÓN”, así titula el poema vigésimo tercero, en donde se indica que se requieren cantidades ingentes de materia para satisfacer las necesidades —o los deseos consumistas— del ser humano. Se crea de ese modo una interdependencia imposible de sostenerse en el espacio y en el tiempo. La voz del poeta adquiere el tono de una oblicua reprensión que se expresará serenamente aun en las más adversas y trágicas circunstancias.

Todas las vivencias experimentadas por el ser humano pasan a ser contenidos de su conciencia y se mantienen latentes, y a mano, en su memoria. En el 5º poema, “EL DESMEMORIADO”, después de recordar las piedras y las nubes que ve en el mundo, escribe estos dos versos: y *tigres de papel (de los que arden simétricos bosques de la noche)*: La última parte el autor la ha encerrado entre paréntesis, como para marcar unas palabras que antes fueron dichas por otros poetas; pongamos a Blake y su tigre (recordemos estos versos: *Tigre, tigre, que te enciendes en luz por los bosques de la noche*); J. P. Castañeda lo ha encerrado entre paréntesis porque hay palabras que se han salido de su campo de autor, palabras que han venido del campo universal de la literatura en donde se refugian los mitos y que, ahora, acceden y se resiembran en *Asombros de la materia*.

¿*Qué mano inmortal*—apunta Blake en su verso último— *osó idear su terrible simetría?* El tigre se ha salido del bosque de las palabras para transformarse en criatura del espacio poético en que ha quedado inscrito: tigre de papel en página de libro de poemas...

Las palabras son posesiones humanas que vienen de la memoria, establecen contacto con la memoria colectiva; y, en el poema que estamos comentando, las palabras convocan a otro poeta fabulador de tigres, J. L. Borges, un escritor fascinado por esa figura de la bestia y a la que le dedica el poema “El otro tigre”. J. P. Castañeda rememora aquí palabras que remiten a motivos míticos y poéticos; no ha ido a la caza de los recuerdos consuetudinarios de la vida. El desmemoriado que se anuncia en el título no recuerda ni le importan, como diría Machado, los alegres sabores del vino de oro ni los amargos zumos de la existencia. El desmemoriado del poema ha tomado de la memoria de J. P. Castañeda esta idea de Borges: “el olvido es una forma de la memoria”; y probablemente también ha considerado estas otras visiones borgianas que, en verso, apuntan: “somos memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos”. En fin, que llevamos nuestros recuerdos al olvido para poder proseguir mirando y recaudando monedas o “espejos rotos”, uno a uno, en el tiempo presente.

Gonzalo Rojas en la introducción a su poemario *Metamorfosis de lo mismo* expresaba (1998): “Los poetas de hoy debemos fisiquear y no metafisquear”. Tanto en una como en otra vertiente, física o imaginativa, el autor de *Asombros de la materia* hace valer un principio, hará valer la ley poética de la analogía desde la que se

percibe la semejanza entre cosas que corresponden a distintos planos o reinos de la Naturaleza. Esto viene de siempre: ¿Cuánto anhelo hubo, entre los presocráticos (p. e., Anaxímenes), de conocer el portentoso, el asombroso mecanismo de la transformación de unos elementos en otros?

¿De dónde nace el asombro? El asombro procede del apetito por las cosas. Debe darse un primer momento: el anhelo de verlas fuera y de sentir las dentro de sí mismo, de absorberlas para experimentar una conmoción; a ese momento le dio un nombre: “inspiración”. Vendrá después un segundo momento en donde las fija a una forma poética que le dé sentido. Las cosas se envuelven en la afectividad del poeta, caen bajo su influencia y contagio.

En bastantes ocasiones se parte de un sentimiento de dolor, de un sufrimiento que se encaja de manera natural, lejos de cualquier sombra patética; un sufrimiento que ha de ser analizado y procesado mediante una relación de elementos o situaciones objetivas y verificables. El yo no prevalece sobre el mundo aunque la realidad de las cosas o de la vida hiera la sensibilidad del que la está escribiendo. ¿Por qué se expresa con sereno estoicismo aun en las más dolientes elegías que incluye en *Asombros de la materia*? ¿Una posible respuesta? La convicción de que el ser humano forma parte de la existencia que ha poblado, puebla y continuará poblando la Humanidad.

La idea de una conciencia que se siente en comunidad es importante, pero la vida del individuo no mantiene inalterable esa conciencia. Se halla sometida a la mudanza de las edades de la vida. En el poema 16, “PÉRDIDAS”, se insinúa la imagen de un paraíso perdido. Se parte de una idea: la vida general e individual se refleja en la Naturaleza. Pero se halla sujeta al tiempo. En un primer momento el ser humano se halla en contacto sensitivo con el mundo; luego se establece otro momento: consigue extraerle a ese mundo lo mágico y lo extraordinario. Ese milagroso vivir sucede en la infancia. Pero tal estado de asombro no se sostiene sino que languidece a medida que se va avanzando y adentrando en una conciencia adulta; se va perdiendo el entusiasmo por lo imaginario a causa de la interposición de lo racional y de los las experiencias y accidentes funestos de la vida. Llegado a este punto, el mundo, en correspondencia, le va restando importancia a la individualidad de la persona. Se produce una pérdida de la imagen del ser humano, que se va disolviendo a la vez que volviéndose una figura enemiga e indiferente para la Naturaleza. En este sentido, el poema 25 que en parte apunta al título del libro, “EL ASOMBRO DE LA MATERIA”, indica que los diversos constituyentes del mundo repercuten en el poeta. Hay un punto de afectación, una anomalía en el curso de la Naturaleza que acaba impresionando al individuo que la ha observado y analizado.

El recorrido de la conciencia es largo pues en tal recorrido se halla inserto el Universo, la Historia, los mitos. La conciencia humana ha querido tomar posesión y se posesiona de tan formidable e infinita extensión. Se halla en disposición de invocar aquellos hitos que jalonan la historia de la Humanidad. Por causa del largo recorrido ofrecerá un amplio caudal de imágenes. Todo ese complejo imaginario va

en busca de una conclusión, de una “expiración”. Los elementos analizados procuran una dirección conveniente, una hipótesis científica, un arribo necesario para tantas imágenes poéticas derramadas. La zona cerebral de científico que posee el autor descubre facetas de la realidad material. Pero aquí, para que el conocimiento científico se considere significativo debe ser tomado en su contexto humano. A partir de ese momento puede nacer la conciencia de un poeta que abrirá las puertas a las emociones estéticas.

Juan Pedro Castañeda se ha situado en un punto desde donde poder contemplar la totalidad de un universo posible para, en segunda instancia, acercarse a los trozos, a aquellos “espejos rotos” de la materia que, por alguna razón, le interesan. Desde esta perspectiva cabe tomar posiciones. El autor se localiza en el lugar de un místico (por favor, no le concedan a este término ni un ápice de religiosidad); se entiende aquí por místico, en primer lugar, a quien se ha propuesto conseguir la revelación de la misteriosa materia por medio de la vivencia experimentada; y, en segundo lugar, por haber optado, como otros tantos místicos, a plasmar su asombrosa experiencia en forma de expresión poética.

El poema vigésimo despliega los contados versos de un soneto para proclamar la idea que se anuncia desde el título: “VIDA ETERNA”. El poeta indaga en su ser: descubre que es materia y tiempo; “son mis protones y mis sentimientos –escribe– expresiones de la dual esencia”. Vive para ser lo que es y morirá aunque siempre –expresa– “he de durar”.

¿De dónde le viene ese instinto de permanencia? Dejando aparte el deseo y voluntad de perdurar que embargan al ser humano. Hay otro modo de sentir que se está formando parte de lo eterno. Pongamos sobre la mesa una idea de Hölderlin: lo que permanece lo fundan los poetas –dejó dicho–. Una vía para permanecer en el mundo se encuentra, pues, en la experiencia de la expresión poética. Una expresión poética que nace, en este libro, de su relación con lo material, con la naturaleza infinita y eterna. Poema a poema ha ido poniendo nombre y vida a un conjunto de seres y cosas, de situaciones y sentimientos. Ha ido creando un peculiar universo poético que, por gracia de la palabra, se eterniza en la página y, junto a ese universo, se eterniza también la conciencia (poética) que lo ha hecho posible. Interdependencia de la conciencia con el mundo pero, sobre todo, íntima reciprocidad con el mundo poético que lo ha proyectado.